

NINIAS (*aparece en el fondo*).

¿Yo, yo he muerto? Pues si he muerto, los dioses me han resucitado.

SÁTRIAS.

¡Maldicion! ¡Maldicion!

HIFALIA.

¡Sátrias! ¿Eres ya rey de Babilonia?

SÁTRIAS (*cogiendo á Hifalia con furor*).

Ven, y muramos juntos. (*Se arrojan por la ventana*).

VARIAS VOCES.

Han ido á caer al río que lame los muros del palacio. Nádan los dos. La luna ilumina sus rostros, cubiertos de una inmensa ansiedad. Hifalia lucha con la muerte. Pero Sátrias la arrebató en sus brazos y la suspende en el aire. Ya vuelven á desaparecer. Los dos se ahogarán.

NINIAS (*con ansiedad*).

Se ahogarán, y se librarán de mi castigo, de mi venganza.

VARIAS VOCES.

Han llegado los dos á la orilla del río. Hifalia tiende los brazos al cuello de Sátrias, y deja caer su cabeza sobre el pecho de su amante. Se ha desmayado. Sátrias la coge en sus brazos y la lleva al palacio de los sátrapas.

VOCES CONFUSAS.

¡Viva Ninias! ¡Muera Sátrias! ¡Viva Ninias!  
¡Muera Sátrias!

NINIAS.

Se han encerrado en el palacio de los sátrapas. Bien. Ya han caído los dos en mi red, ya son mis prisioneros. No atrae con tanto placer la serpiente á sus negras fáuces la blanca paloma, no se ceba el tigre con tanto furor en sus víctimas, como yo me cebaré en esos dos malvados, que así han querido pagar mi amor y mis afanes. Ven, tú, primer eunuco de mi serallo, y oye mis órdenes.

EL EUNUCO.

Mandad, jefe de los creyentes, sol de los cielos, antorcha de la tierra, fuente de todos los bienes del mundo.

NINIAS.

Todos mis sátrapas deben reunirse en ese palacio. Inmediatamente que todos estén reunidos, pon fuego á los cuatro puntos del palacio, para que ninguno quede á vida, ninguno. ¿Lo entiendes? No quiero más traidores en esta tierra de Babilonia.

EL EUNUCO.

Pero, señor, ¿todos han de pagar la falta de uno?

NINIAS.

Calla, blasfemo. No hables cuando tu rey habla. ¿Quieres, por ventura, perecer con ellos?

EL EUNUCO.

Señor, obedeceré ciegamente vuestra palabra, tan luminosa como un rayo del sol.

NINIAS (*mirando á Oriel*).

Ese esclavo... ¿qué hace ahí ese esclavo, envuelto en mi manto, y con mi corona á los piés, y tendido en tierra?

ORIEL.

¡Ay! ¡ay! Te... te... he salvado.

NINIAS.

Comprendo, comprendo. ¿Te has sacrificado por mí? ¿Te has ceñido ese manto para que hiriese tu seno el puñal dirigido á tu rey?

ORIEL.

¡Ay! ¡ay!

NINIAS.

Has cumplido con tu deber. Que lo aparten de ahí y lo bajen á su cueva, y lo curen con más cuidado que á mis camellos. Aunque en el mercado los fenicios me dieran en cambio de él un elefante, no lo vendía. (*Se llevan á Oriel*).

LOS CORTESANOS.

¡Buen rey! ¡Misericordioso rey!

NINIAS (*tendiéndose en su lecho*).

Pronto voy á gozar el gran espectáculo.

UN ESCLAVO (*desde la puerta*).

Señor, los sátrapas quieren verte sano y salvo,

quieren abrazar tus rodillas, recoger tu mirada.

NINIAS.

Diles que no quiero que me vean, y que se vayan á su palacio.

LOS SÁTRAPAS (*desde fuera*).

Señor, señor, sin verte no podemos vivir, no podemos vivir. Señor, dignate mostrarte un instante, aunque luego nos mates.

NINIAS.

Decidles que callen, que se retiren á su palacio.

LOS SÁTRAPAS.

Señor, señor, no podemos irnos sin verte.

NINIAS.

Decidles que si no se van, mando á mis esclavos que los echen á latigazos.

EL ESCLAVO.

Ya se van.

NINIAS.

No pueden huir, no pueden escapar á mi furor.

EL EUNUCO.

Señor, ya están Sátrias é Hifalia presos.

NINIAS.

Arroja unos granos de incienso en las aras de los dioses por tan fausta nueva.

CORO DE MAGOS (*delante del ara de los dioses*).

Cuando la noche extiende sus negras alas sobre la tierra como el cuervo sobre su nido, en los espacios del cielo aparece la casta luna, luciendo en su frente el beso de su amado el sol, que la acaricia y la enamora desde su lecho de blancas y ligeras espumas: que sólo el amor fecundiza y hermosea á nuestra madre naturaleza. Pero sobre la luna está la diosa del cielo, con los piés hundidos en los abismos de las tinieblas y la frente perdida en la eterna luz; teniendo por cabellera los rayos del sol, por manto el cielo, en el cual están bordados los astros, los cometas, los mundos; llenando con su aliento vivificador todas las cosas; produciendo con su cántico las armonías de todos los séres; dando con su mirada la luz al Universo: diosa que es la gran nodriza de la naturaleza, pues en sus pechos, más blancos que el globo de

la luna llena, el Creador depositó el jugo nutritivo de la vida. Y tú, celeste diosa, que invisible en las alturas haces visibles todas las cosas, que mueves con tu aliento las ondas de los mares, que palpitas en el cántico universal de la creacion, que extiendes en la tierra el Eufrates como una cinta de tu blanco ceñidor, y dejas en los bosques por huellas flores, y en el cielo astros, y mereces un altar siempre coronado de mirto y de violetas, y tiñes con sonrosado color las mejillas de las vírgenes, y con encendido matiz la aurora en el Oriente, recibe el voto de gracias que estos tus hijos te envian por haber extendido tu manto entre el rey y el puñal del asesino, haciendo que la víbora haya mordido al esclavo, en vez de morder al que es ornamento de la tierra, alegría de Babilonia, luz de nuestros ojos, estrella de nuestra vida, envidia de todos los reyes, feliz descendiente de Nino y de Semíramis en este trono hermoseado con todos los resplandores del poder y con toda la hermosura de la gloria. Si, diosa del cielo, el rey te consagra el incienso y la mirra de sus altares.

## NINIAS.

¡Ah! Ya lo veo, ya lo veo. El rio me anuncia

mi venganza. Mirad esa roja culebra que se extiende por las aguas del Eufrates como una gran mancha de sangre, miradla, que es la cólera de Ninias. El incendio devorador que abrasa todo un palacio y á los que dentro de él se encuentran, y se refleja en el rio, es una centella no más del fuego de odio que consume mis carnes y calcina mis huesos; fuego que no daría ni un destello para encender una lámpara, porque, si quema, no ilumina. Ese negro penacho de humo, que parece el aliento de un volcan, y sube, y sube, y extiende negro velo en el horizonte, como un paño mortuorio que envolviera los astros, es la imágen fiel de mi alma, presa de horrible desesperacion, de eternos odios. La cólera que me posee, que me arrebató, que desgarró mis entrañas, que turba mi vista, que hierve en mi corazón, no cabe en mí, como el Océano, cuando el huracan lo azota, no cabe en sus límites, y escupe á los cielos amargas espumas que vuelven á caer sobre sus hirvientes aguas para más alterarlas. ¡Ah! ¡ah! Orgullo mio, levántate, levántate henchido de tí mismo, escala los cielos, paséate entre los astros, y dí á los dioses que tambien tú dispones á tu antojo de la vida de los hombres, y que sobre el orco se extiende tanto tu cetro como la telaraña

de la muerte. Y en prueba de ello, la muerte llevará en sus hombros á todos mis sátrapas y á esos dos amantes que le he arrojado para entretenerla y lograr así que no se acuerde en mucho tiempo de mí. ¡Cómo habrán Sátrias é Hifalia padecido! ¡Cómo se habrán tostado sus carnes! ¡Cómo habrán caído juntos diciendo: nos amamos! ¡Habrán dicho eso? Y yo no lo podré decir en el día de la muerte. Mío es el Tigris, mio el Eufrates, míos los palacios de Nino, míos los jardines de Semíramis, los templos de Belo, el arco y la copa de Nemrod, míos los bosques y los montes, míos millones de hombres que bajan la frente en mi presencia, mía la naturaleza entera; pero no hay mio ni un solo corazón. ¿Dónde está, pues, mi poder? ¡Ah! Aquí viene el jefe de mis eunucos. Cuéntame, cuéntame mi venganza. Mis enemigos han ya perecido, aniquilados por el soplo devorador que los ha abrasado como el viento del desierto abrasa las espigas verdes y tiernas.

#### EL EUNUCO.

Cuando mandaste que todos los sátrapas fueran perseguidos y acosados hasta encerrarlos en su palacio, di tus órdenes á la ciudad. Los desgraciados se resistían, é iban á pedir refugio á la

choza del pobre para libertarse de las iras del rey. Mas arrojados de todas partes, perseguidos como fieras, acorralados, casi exánimes de puro gritar «¡misericordia!» se encerraron en su palacio, que bien pronto se había de convertir en funeraria pira. Al entrar quisieron despedazar á Sátrias y á Hifalia y enviarte sus cabezas en señal de su fidelidad, añadiendo así á su cobardía el crimen. Pero las palabras severas de Sátrias y las ardientes lágrimas de su hermosa cautiva, les apartaron de cometer un atentado completamente inútil, y se apercibieron á morir, si bien lanzando lastimeros aullidos. Entre aquellos hombres, que unos bramaban rechinando los dientes, y otros oraban temerosos diciendo con voz cortada tristes plegarias, y otros se rasgaban las vestiduras y se herían con sus armas las carnes y se partían las venas, gozándose en mirar cómo manaba su sangre, y otros pedían desde las ventanas perdón, misericordia; sólo Sátrias se mostraba sereno, impassible, recostada la cabeza en el regazo de su amorosa Hifalia, mirando con fría sonrisa los preparativos de su muerte. Mas pronto la esclava echó de ver cuán próximo estaba su fin. El ardor juvenil, las esperanzas de su edad, las pasiones de su pecho, el hervor de su vida,

el miedo á un horrible suplicio, el sentimiento de abandonar un mundo en que todavía le aguardaban encantos y placeres, todas estas ideas, todos estos instintos agolpados en su corazon le hicieron desear la vida y extender los brazos con furor por las ventanas pidiéndonos perdon é implorando nuestra clemencia con palabras tales, que parecian conmovier hasta las sombrías piedras de la fortaleza. Entonces, y sólo entonces, vi correr por las tostadas mejillas de Sátrias una lágrima sin duda tan ardiente como las gotas de lluvia que la tempestad derrama en el desierto.

## NINIAS.

¡Hifalia! Se me olvidó exceptuarla del castigo, y traerla á mi palacio. Siento que haya sido víctima de un olvido.

## EL EUNUCO.

Sátrias la cogió fuertemente del brazo, y arastrándola hácia sí, la obligó á sentarse á su lado. Hifalia dejó caer la cabeza sobre las manos, y se dió á sollozar lastimeramente. En tanto tus esclavos habian apilado una inmensa hoguera en torno del palacio. Un bosque entero arrancado á las orillas del Tigris iba á consumir á los señores

más poderosos de tu reino y á una débil mujer. Al ver los preparativos de aquel horrible tormento, se lanzaron todos á pedirnos otro género de muerte más dulce y más pronto. Nosotros ni siquiera les oimos, empeñados en nuestro gran trabajo. Hubó alguno que nos arrojó su espada, pidiéndonos que le atravesásemos el corazon y nos compadeciésemos de sus últimos instantes. No se oian más que maldiciones. Los lamentos de Hifalia dominaban aquel coro de imprecaciones, como en el bosque los gorgoros del ruiseñor suspendido de la rama del cedro flotan sobre los rugidos del tigre que tiene su aposento en el tronco. Oprimido el corazon de Sátrias por aquellos lamentos, desenvaina su puñal aún manchado con sangre, y dirigiéndose á Hifalia, quiere en aquel punto rematar sus dias. La pobre mujer forcejea, y horrorizada pide perdon, invocando un recuerdo de sus amores. Sátrias la estrecha contra su corazon y le pide que espere con serenidad la muerte. En este momento encendimos la terrible hoguera, que rodeaba el palacio de un círculo de fuego. Lamentos, imprecaciones, gritos furiosos, clamores de muerte, rechinamiento de dientes, ruido de armas, suspiros ahogados, palabras angustiosísimas poblaban los aires al mismo tiempo

que se veían las primeras chispas de aquel voraz incendio. Todos instintivamente subieron á la terraza del palacio. Envueltos en humo, iluminados por el pálido reflejo del incendio, semejaban sombras vagas é indecisas que subían la escala de la eternidad. El fuego quemaba sus cabellos, sus cejas, y todavía conservaban voz y fuerza para maldecir tu nombre y renegar de Babilona. ¡Terrible espectáculo! Ya unos huían del fuego que avanzaba por un lado, y caían de espaldas sobre cercana hoguera; ya otros se clavaban sus puñales hasta el mango y morían exhalando un espantoso rugido; éstos se mataban mutuamente luchando entre sí con sendas puñaladas, como si fueran mortales enemigos; aquellos caían ahogados levantando con furor los brazos al cielo; unos cuantos se reunían, se abrazaban, y con furor ciego se arrojaban á las llamas, pronunciando mezclados á los nombres de sus dioses los nombres de sus hijos: en medio se habia formado un monton de cadáveres, porque aquellos que más habian resistido el fuego y el humo subían sobre los calcinados cadáveres de sus compañeros para buscar en las alturas un poco de aire que les diese un instante de vida, cuando vimos á Hifalia, roto el traje, ardiendo el cabello, que tendía sus

secos labios sobre un cadáver, sí, sobre el cadáver de Satrias, é imprimía en su boca un ardiente beso, y desaparecia entre las llamas como blanca azucena abrasada por el rayo.

#### NINIAS.

Calla, calla: que un sudor frio cubre mi frente. ¿Y qué daño me habian hecho mis sátrapas? ¿No podia haber entre ellos un traidor sin que ellos lo supiesen? ¿Por qué los he matado? Mis lejanas provincias están huérfanas. El bárbaro vendrá, y violará sus hijas, y talará sus campos, y despojará sus templos, y quemará sus palacios, y Babilonia no tendrá un pecho que la escude. ¿Por qué, por qué los habré matado? Si pudiera volverlos á la vida, los volveria. ¿Qué haré? ¿qué haré? Entreguémonos á la orgía y al festin. Este es el único remedio de mis males.

#### LOS MAGOS.

Desechad esas aprensiones, señor. En la tierra no hay más voluntad que vuestra voluntad, ni más poder que vuestro poder. Los dioses celebran todas vuestras acciones, porque sois su hijo. Desde que el sol alumbra al mundo está levantado este trono de Babilonia, y todos los reyes no

han tenido más ley que su voluntad, y todos han sido inmortales.

NINIAS.

¿Inmortales? ¿decís inmortales? He ido á buscar los restos de los poderosos reyes de Babilonia. He levantado la losa de sus sepulcros. He querido interrogarles sobre la eternidad. Sus coronas estaban allí, sus espadas tambien, sus mantos de púrpura aún existían; pero cuando quise buscarlos á ellos, no encontré más que un poco de polvo que disipó en los aires el aliento de mi pecho al reclinarse sobre sus sarcófagos. Esa es ¡oh magos! la inmortalidad de los reyes, esa es la vida que nos han dado los dioses, ese nuestro poder. (*Se rie con risa convulsiva*). Hablemos de otra cosa.

LOS MAGOS.

Señor, nosotros haremos siempre lo que nuestro rey quiera. Su voluntad será nuestra ley. Pero nos duele que un descendiente de Belo crea que su voluntad puede ser alguna vez contraria al bien, ni su pensamiento opuesto á la verdad. Donde está tu mirada, allí está la luz del sol. Donde llega tu palabra, allí llega el gérmen de la

vida. Babilonia no quiere vivir sin tí; y si algun día le faltas, rey inmortal, se envolverá en su manto y morirá la ciudad más maravillosa del Asia.

NINIAS.

Quiero sacudir de mi memoria el horrible recuerdo de esta noche. Ya en mis dominios no hay nobles. Solo existe Ninias y sus esclavos. ¡Oh! Yo soy el rey de Asia que más esclavos tiene. Reúnanse los quinientos que sirven mis festines, los mil que son mis cantores y músicos, los doscientos que se renuevan para sostener la rozagante púrpura de mi ancho manto, los cien que están consagrados á teger coronas de flores para mis sienes, los cincuenta que cuidan de mi tiara de oro, los dos mil que limpian mis camellos, mis elefantes y mis carros, los novecientos que condimentan y aderezan mi comida, los cinco mil que guardan mi palacio, los innumerables que me llevan al baño, que riegan mis jardines, que recortan mis árboles, que recogen mis frutas, que celan las puertas de mis serrallos, que me siguen desde léjos de rodillas, que oran por mi salud, que construyen mis palacios, que cultivan mis bosques, que guardan mis doradas barcas en



el Tigris y el Eufrates, que están consagrados á mi voluntad y mi capricho. Quiero ver celebrar, en obsequio del esclavo que me ha salvado la vida, las fiestas saceas, establecidas por mis predecesores, en que los esclavos son amos y los amos esclavos, y uno de ellos se viste de rey con nuestro manto y nuestra propia corona. (*Los esclavos presentes palidecen*). ¿Temblais? ¿Creeis que os vá á tocar á alguno de vosotros ser rey? Sosegaos, sosegaos. En esas fiestas habrá orgías, mujeres hermosas entregadas á vuestra lascivia, cánticos delirantes, coros voluptuosos, succulentos manjares, mesas llenas de vasijas de oro, lechos de púrpura y marfil, hirvientes licores que trastornen el seso, luminarias más numerosas que las estrellas del cielo, fuentes que manen leche y miel, sacrificios humanos á Baal, sacrificios voluptuosos á Militta, el placer en todas sus formas, el delirio en todo su vértigo, una cena como no la tuvo Belo cuando dió á beber á los mortales su propia sangre en un festin celebrado en el mar, donde tenia por copas las estrellas y por compañeras las ninfas de las aguas.

LOS ESCLAVOS.

¿Y quién, señor, será el designado para ves-

tir tu manto y ceñir tu corona? (*Con ansiedad*).

NINIAS.

¿Quién? El esclavo que me ha salvado la vida.

LOS ESCLAVOS (*con alegría*).

Respiremos, respiremos.

LOS MAGOS.

¿Olvidas, Ninias, que el esclavo que lleve tu manto y ciñe tu corona en las fiestas saceas, debe ser inmediatamente sacrificado á los dioses en las aras del templo de Belo?

NINIAS.

La prueba de que no lo olvido está en haberle designado.

LOS MAGOS.

¿Irás á darle muerte en recompensa de su abnegacion?

NINIAS.

De todos modos debia morir. Ningun mortal puede ceñirse mi corona ni envolverse en mi manto. La corona en las sienes de un sér inferior á

mí, muerde. El manto es como una hoguera para el que no ha nacido de la sublime descendencia de Belo. Si osó hacer lo que á ningun mortal le fué nunca consentido, que pague con su vida su atrevimiento. Yo no he menester de la sangre de ningun esclavo para vivir. Me basta mi prosapia. Prepárese todo para la fiesta.

*ORIEL (tendido, presa de horrible calentura, en un antro de los cimientos del palacio, y á su lado un esclavo).*

¡Oh! No me atormentéis más, sueños espantosos, horribles sueños. Ya ceden, ya ceden á mi voz. La inmensa telaraña en que veía prendida una negra mosca, se convierte en sonrosada nube, de cuyo centro se levanta hermosa mujer, casta, pura, que sonríe con amorosa sonrisa, y que trae en sus manos una flor fragante y aromática, sobre cuyas hojas esmaltadas de rocío revolotean gorgeando sin fin dos ruiseñores. Dame esa flor, y beberé su rocío, y aspiraré sus aromas, y escucharé el cántico de los ruiseñores, y me quedaré extasiado mirando tus azules alas, el ceñidor de blanca niebla que te envuelve, tus breves piés que brillan en los aires como lá media luna en el cielo, tu frente pura y hermosa,

tus ojos que retratan el arrobamiento del amor divino, el arpa de oro que llevas en la mano, la corona de estrellas que luces en la frente, la sonrisa de tus labios, que si no es la aurora del sol, es la aurora del espíritu, el nombre de Dios, que se escapa de tu boca y queda escrito con letras de soles en los claros y vagos horizontes. Si, háblame de otra region. Yo no he nacido aquí, donde el cielo llora, y los astros se apagan, y el dolor de la naturaleza estalla en grandes tempestades, y el aire gime, y la tristeza es universal, y el odio levanta un elemento contra otro elemento, un hombre contra otro hombre, y la muerte cubre toda claridad de tinieblas y roe con sus mil gusanos todo cuerpo: yo he nacido allá en la region en que no hay noche, en que brota la fuente de la luz, en que la alegría estalla en coros sin fin, en que el aire arrebolado y puro trasparenta nuestros espíritus, en que el amor es eterno, en que la vida corre por márgenes de flores, reflejando en sus cristales la mirada de Dios. Dame la mano, y subiré contigo; y despues de oír los coros de los mundos, y de volar á mi antojo en lo infinito, sostenido por el aliento de Dios, que me levantará á sí como la nube que sorbe el agua de los mares, podré extinguir esta horrible

sed que me devora y me martiriza, en las claras fuentes de la eterna vida. Si, dame á beber una gota no más del rocío del cielo.

EL ESCLAVO.

¡Qué horrible calentura! ¡Cómo delira! Yo no le entiendo; pero el sonido de su voz me parece más dulce que el eco de un arpa. ¡Infeliz! Te has sacrificado por tu señor. Has vertido tu sangre, y héte aquí solo, abandonado, sin ningun alivio, sin ningun consuelo. El pobre esclavo que ha visto tus ojos abrasados por la fiebre, y ha oído tus palabras perdidas en el delirio, viene á contemplarte, sin poder hacer nada más que llorar contigo. Al fin tú vas á morir. Pero el que tiene delante de sí una larga vida, y ha de regar esa vida con lágrimas y con sangre, es más desgraciado que tú. Encerrados aquí, nunca vemos el sol. Si salimos á respirar el aire, es para levantar un palacio y llevar sobre nuestras espaldas sus pesadas piedras. Trabajando siempre, encorvados bajo el peso de nuestros dolores, devorados por el hambre y por la sed, reclinados en estos antros donde la noche es eterna, heridos por el látigo que arranca sangre á nuestras espaldas, abandonados en medio de los hombres, somos la

maldicion de la tierra. Si me fuera dado volver á mis montañas, tener una choza levantada con los troncos heridos por mi hacha, vivir entre las alimañas salvajes, vestirme de palmas, beber el agua de los torrentes, alimentarme con los frutos que pródidas bajaban las ramas de los árboles hasta mis labios, errar á mi antojo por la cima de las montañas acompañado del huracan, alumbrarme con el reflejo de los volcanes, seria feliz, encontrando un regazo en el blando seno de la naturaleza. Pero aquí, aquí, ¿qué soy? Una sombra, una mancha, una maldicion. Este infeliz, que ha interpuesto su pecho entre el corazon del rey y el arma de su asesino, está ahí tendido en un monton de paja, reclinada la frente sobre una piedra, entumecido por la humedad, encerrado en este antro, sin más compañeros que el murciélago y la araña, sin más consuelo que las ilusiones que evoca á sus ojos su febril delirio. ¡Y este es el salvador del rey! Si hay dioses tras esos implacables cielos, ¿por qué, por qué antes que consentir esta ignominia y este dolor, no nos arrancan del pecho el corazon? Pero oigo ruido. ¿Quién viene?

EL JEFE DE LOS EUNUCOS.

Recoged al herido. Derramad, esclavos, por su